

Habreis encontrado por lo menos una vez en vuestra vida la variedad que hay en esos géneos avaros que ocurre á la escésiva economía, aun cuando influye en detrimento de la salud para no sacrificar algo en las dispendiosas tentaciones de la glotonería.

El gran perro flaco á quien Benito habia dado el nombre de *Mohicano* á fin de recordar sus viajes y aventuras, se esperezó en este momento y entreabrió sus ojos en que aún pesaba el sueño.

—Y bien, haragan! dijo Benito, qué hay de raro en eso!.... No oyes pasos en la calle, son las seis dadas, querido.

Mohicano se levantó lentamente y se estiró, despues se apoyó bien, y estiró sus largas piernas dando un ahullido.

Benito palideció.

Por lo que tarde, murmuró, aun habria una hora para ensayar el defenderse de un golpe malo.

XVI.

MOHICANO.—CONTINUA.

Tocaron bruscamente á la puerta.

Corrió á su bureau donde habia dos pistolas y se las echó al bolsillo; tomó tambien su fusil de guardia nacional que estaba contra el muro.

Mohicano olfateaba y tenia los ojos encendidos.

Tocaron segunda vez, y mas fuerte aún que la primera. Benito montó una de sus pistolas.... Sus manos temblaban.

Este hombre habia, á menudo, desafiado á la muerte, pero el soldado intrépido que

no le había temido cien veces en el campo de batalla mirándola bien cerca, se vuelve tímido cuando se ve que es el único defensor de una madre ó de una esposa.

Benito no tenía ni uno ni otro, todo lo que sabemos es que no había puesto en salvo su dinero.

—Benito! Benito! gritó una voz por la arte de afuera; despiertaos, y abrid.

El perro *Mohicano* metió el rabo entre las piernas, se recostó con cuidado de no hacer ruido. La fisonomía de Benito cambió enteramente.

Entretanto vacilaba, veía al perro con suma atención.

—Estás seguro de que sea él? preguntó á Mohicano.

Mohicano bajó las orejas y meneó la cola.

—Qué diablos vendrá á hacer á estas horas?..... balbuceó Benito dirigiéndose á la puerta.

—Aquí, Mohicano, interrumpió Benito; si te has engañado, á tí te toca el primero.

M. Benito abrió la puerta de su recámara. Hizo pasar primero al perro. La puer-

ta de la calle caía sobre una pequeña meseta, precedida de tres escalones.

—Abrid, Benito, decia la voz de afuera.

—Sois vos, señor vizconde? preguntó el propietario—por vía de precaucion.

—Soy yo.... hace ya diez minutos que estoy llamando.

Benito recorrió un gran cerrojo de hierro, otros dos mas pequeños, y dió vuelta á la llave de una cerradura bien doble.

Se entreabrió la puerta, y un torbellino de nieve vino á darle en la cara.

—No venís solo? dijo Benito cuando el vizconde hubo ya entrado.

—Sin duda que sí, replicó éste.

—Estoy cierto de haber visto una sombra gigantesca á vuestra espalda..... Oíd á Mohicano.

Mohicano ladraba, y trataba en vano de salir fuera de la puerta.

—Despertais los dos á la vez, exclamó el vizconde. no puede haber nadie á estas horas en todo Montmartre.

Sacudió su capa que estaba cubierta de nieve, y entró. Benito le siguió.

Tomó el vizconde dos leños con media docena de astillas, y reanimó el fuego.

—Etais en casa, murmuró Benito.

El vizconde se recostó en el único sillón que había en la pieza bastante sucio por cierto, y que estaba en un rincón. Se limpió la frente.

Entonces, solo Benito percibió que estaba pálido como un muerto, y atacado de un calosfrio convulsivo.

—Qué teneis? preguntó aquel, os ha sobrevenido alguna desgracia?

El vizconde no respondió, sus ojos permanecían fijos, su fisonomía demostraba una verdadera descompostura.

Habrà jugado en la Bolsa! pensó Benito herido de un rayo de luz, y dijo en seguida:

—Hubiera ido hoy á vuestra casa mi buen señor de Villiers, sin tener la honra de vuestra visita.... puedo deciros esto.... queria pedir prestado algun dinero, pues sé que no rehusariais este favor á un antiguo servidor vuestro cuando tiene necesidad.

—Vos teneis necesidad Benito? replicó el vizconde viéndole á la cara.

—Lo malo de los tiempos.... balbuceó, y una mala especulacion.

—Hablarémos otra vez de eso, dijo el vizconde que volvió á caer en su insomnio.

—No necesito dinero! se decía Benito, tanto mejor! pero entónces, qué quereis de mí?

Mohicano atravesó la recámarara apresuradamente, y vino violentamente á encontrarse en la escalera que conducia al jardín.

—Dónde está mi viejo? dónde estás? preguntó Benito.

Mohicano gruñó fuertemente.

—Apostaria mi cabeza á que hay alguno en el parque, exclamó Benito.

El vizconde alzó los hombros.

—Tomó la calle de la Fontenelle para descender por la Barrera Rochechouart, dijo.

—Quién?

—M. Jorge Leslie.

—Quién ese señor Jorge Leslie?

Los ahullidos furiosos del perro, no dejaban oír la respuesta de Enrique.

—Estaba vestido de gris vuestro señor Jorge Leslie? preguntó Benito.

—No; de negro.

—Entonces no es el que yo he visto.

—Bien hecho! continuó, hablando consigo mismo, he tardado mucho en aguzar los pedazos de botellas.

—Soy muy feliz al saber que necesitais dinero, Benito, dijo en seguida el vizconde, que fijó sus ojos en él. Soy rico.... muy rico.... mis fondos se han aumentado.

—Solo yo, dijo suspirando Benito; solo yo soy desgraciado.

Se aproximó á Enrique, y añadió:

—Teneis algun negocio de que hablarme?

—Sí, respondió el vizconde.

Los ladridos de Mohicano eran ya tan fuertes, que impedian el poderse oír uno á otro.

Benito se calló un instante, luego dijo:

—Tanto peor para el ladron!.... se encontrará mañana un hombre muerto en el jardin.... haré mi declaracion.... eso servirá de ejemplo á los demas!

Tomó á Mohicano del collar y pasó á la pieza inmediata, que tenia una salida próxima al patio; éste estaba separado del jardin

por un muro de seis piés de altura; el prudente Benito no se esponia absolutamente saliendo por allí: soltó al perro, y le dijo: valor, cuidado!

Antes que Benito hubiese cerrado la puerta, el perro habia ya saltado sobre el techo de su casucha, y de allí á traves del muro.

Ya dió cuenta! pensó Benito al entrar en su recámara.

Se oyeron dos ó tres furiosos gruñidos, y luego todo quedó en silencio.

—Bien! dijo Benito; podemos hablar... nada os puedo ofrecer, porque nada poseo.. me permitís tomar algun refrigerio?

—Dadme un poco de vino, contestó el vizconde.

Se dirigió á abrir una alacena, buscó algun tiempo, y al fin encontró una botella; la llevó al vizconde con un vaso; Enrique bebió lo que habia de un trago.

Se enrojeció; era la reaccion del frio que acababa de efectuarse.

Se quitó el capote, y apareció á los ojos de su compañero en traje de cazador de castores, con toda la elegancia de un cortesano.

—Estos sastres deben hacer fortuna, pensó para sí Benito.

—Vos siempre teneis vuestro aire de resolucion.... y estais pronto á todo? preguntó bruscamente el vizconde.

Benito llevaba la primera cucharada del potaje á su boca.

No lo tragaba aún.

—Eh! eh! dijo; eso depende de las circunstancias.... si el negocio es seguro... pero, mirad, cuando se está en guardia... en dos palabras, hay peligro?

—Mucho! contestó Enrique.

—Entonces, estoy á vuestras órdenes! dijo Benito, poniéndose á cenar con gran apetito; de antemano renuncio.

—Y yo no admito la renuncia, mi querido Benito, repuso el vizconde; cuánto habeis traído con vos poco mas ó menos.

—Bien poco, replicó el propietario.

—Desde que dejamos el Mississipi, cuya agua pusísteis en botellas, hasta nuestra partida de América, interrumpió el vizconde, habeis constantemente adelantado.... Vuestra especulacion en la cancillería del

corregidor ha sido buena.... Debeis estar rico.... Os diré de paso que soy mas rico que vos.... Desde la reapertura de la Bolsa en 1848 tengo la alza: equivale esto á decir que he hecho grandes beneficios; los antiguos dominios de mi familia han sido rescatados é íntegramente pagados... poseo, ademas, capitales disponibles; pero á la hora en que os hablo, estoy amenazado de muerte súbita.

—Odo! dijo Benito que creyó no haber entendido bien.

—Estoy amenazado de muerte súbita, repitió Enrique.

—Cómo lo sabeis?

—El corregidor está en Paris.

Sorprendido Benito, soltó la cuchara.

—En Paris! balbuceó; el corregidor! Pero, añadió, el corregidor tardará mucho en encontrar al aventurero Eduardo de Montroy.

—El corregidor sabe mi verdadero nombre, dijo el vizconde: no creía prudente antes de partir, comunicarte este secreto, y por eso el corregidor me ha hablado por mi verdadero nombre.

Contó en un momento la historia del cambio de firmas.

—Y quién puede haberle informado tan exactamente? murmuró Benito.

—En todo esto existe una casualidad verdaderamente infernal.... te acuerdas de nuestra expedición á Sonora?

—Pues no me he de acordar.

—Te acuerdas de aquella noche de carnaval que pasamos en Arizpe, al otro lado del río Gila?

—Qué hermoso pelo tienen las señoritas de ese lugar!.... qué bellos ojos!.... Válgame Dios!.... cuán bien me acuerdo!

Los ojos de M. Benito se enrojecieron como si fueran dos carbunclos.

—El marques de Concha, que es ahora duque de Rivas, replicó Enrique, me ha reconocido, y ha pronunciado mi nombre.

—Y bien?

—Mi verdadero nombre de Enrique de Villiers.

—Y bien?

Había allí cien mugeres enmascaradas... entre otras esa admirable criatura, vestida

en traje de *mano*, la de Cádiz cuyas trenzas de ébano llegaban casi hasta el suelo.

—La hija de un alcalde?

—La hija del alcalde de San Felipe... no se quitó la máscara.... pero estaba asida del brazo de Rivas cuando él me llamó por mi nombre.... y poco después, el diseño de la casa me llamó, el general Nuñez me saludó bajo el nombre de Eduardo de Montroy... la manola fijó la atención en mí.

—Cuándo fué eso?.... dijo Benito.

—Cuando encontramos al corregidor tendido en una camilla y la cara cubierta con un velo, allá abajo al pie del Golden-Dagger.... y sabéis dónde le conducían los vecinos?

—No; todo lo que sé, es que el jefe de los Cuchillos de Oro tenía más de doscientos mil pesos en su caja.... y que mi amiga Lile, la esposa de Panie, tenía también unos ojos muy hermosos.

—Bien pronto hablaremos de Panie y de su esposa; dijo en voz baja Enrique; es preciso que antes sepas á dónde llevaban los vecinos al corregidor.

—Ya os escucho.

—Lo llevaban á San Felipe, donde estuvo preso mas de un año; todos los dias lo visitaba la manola de Arispe; la señora Carmen que se habia apasionado de él.

—Diablo! diablo! dijo Benito; pero eso no impide, en suma, que el corregidor no esté ciego.

—Ha recobrado ya la vista.

—Peste! peste!.... esto pone feo el negocio, cómo os deshareis de esa fiera, mi pobre señor vizconde?

—Hé confiado en tí.

—En mí.... para pelear en lugar vuestro?

—Para ayudarme á deshacerme del corregidor.

Benito se puso en pié.

—Soy todo vuestro, dijo, vuestro de todo corazon, he tenido la fortuna de romper la cabeza de un indio allá en Baltimore.... y sin temor, es un gran servicio el que os he prestado... ahora duermo tranquilo... que loco seria yo si volviera á empezar ese juego.

—Siéntate! mandó Enrique.

—Os place? querria decir Benito que era hombre de dar consejo á su antiguo amo.

—Oh aún mas, repusó el vizconde, abre esta puerta y llama á tu perro Mohicano.

—Es cierto, contestó el propietario con voz conmovida; Mohicano no ha vuelto!

—Llámale

Abrió Benito la puerta: la luz del dia se aumentaba yá; Benito silbó.

La nieve caia en grandes copos.

Mohicano no vino.

—Tay, viejo, dijo Benito; tay! tay! tay!

Entró pálido; quiso volver á salir para llamar aún.

—Es bastante, dijo el vizconde, tu perro no te responderá.

—Por qué!

—Porque ha muerto.

—Muerto!.... cómo lo sabeis?

—Lo adivino.

—Y quién puede haberlo matado?

—Towah el Panie, respondió Enrique levantándose á su vez.

Benito dió un paso atrás. Sus dientes crugieron.

— Towah á quien en realidad no diste muerte allá con la maza, siguió el vizconde, Towah que ha venido con el corregidor á Paris. . . . Towah que te ha seguido el rastro y que ahora está en tu propio jardin.

Benito cayó sobre una silla como si hubiera sido herido por un rayo.

XVII

LOS CAMAROS

Despuntaba el día sombrío, y triste estaba el pasadizo que conducía á la recámara de M. Benito; ya no caía nieve: el viento que había ya alejado las nubes, soplaba aún con fuerza, y el sol de invierno desplegabá sus rayos sobre las desunidas copas de los árboles.

M. Benito estaba tan aturdido, que había dejado la vela encendida sobre la mesa.

Por el contrario, el vizconde Enrique de Villiers manifestaba estar ménos abatido.

No se puede negar esto, sin tratar de realzar la especie humana, que la mayoría de los hombres encuentran una especie de

XVII

LOS CAMAROS

Despuntaba el día sombrío, y triste estaba el pasadizo que conducía á la recámara de M. Benito; ya no caía nieve: el viento que había ya alejado las nubes, soplaba aún con fuerza, y el sol de invierno desplegabá sus rayos sobre las desunidas copas de los árboles.

M. Benito estaba tan aturdido, que había dejado la vela encendida sobre la mesa.

Por el contrario, el vizconde Enrique de Villiers manifestaba estar ménos abatido.

No se puede negar esto, sin tratar de realzar la especie humana, que la mayoría de los hombres encuentran una especie de